

El alma es la razón:  
*Breve introducción al pensamiento  
de Sócrates,*  
de Dulce María Granja

José Antonio González de León

EN *BREVE INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO DE SÓCRATES*, Dulce María Granja explica la vida de Sócrates por la influencia de su tiempo. En los entornos de su época siempre estuvo la guerra, particularmente las guerras del Peloponeso. Bajo esas condiciones el conocimiento clásico griego se expandió y reforzó. Nació entonces la preocupación por la condición humana y su superación por la vía del conocimiento de uno mismo.

Sócrates nació alrededor del 470 a.C. y murió a los setenta o setenta y un años, en 369 o 370. Al momento de morir, con 70 años, deja a su esposa Jantipa con tres hijos: Lamprocles, Sofronisco y Menexeno. Nació en el período conocido como el “siglo de Pericles”. Atenas tenía cien mil habitantes y era gobernada por el partido democrático. Tenía veinticinco años cuando Pericles firma la paz con Esparta. Es entonces que la Confederación de Delos se transforma en el Imperio ateniense, convirtiéndose en el centro cultural y educativo de la Antigüedad. Una de las características del período de Pericles fue la de acercar a los filósofos a la política.

Tres etapas caracterizan las guerras del Peloponeso. En la primera, Atenas responde a Esparta y la derrota. En la segunda, los conflictos en el Peloponeso llevan al ejército ateniense a apagar las rebeliones. La tercera es la alianza de Esparta con los persas y la derrota definitiva de Atenas, cuya ciudad queda deshecha. Esparta dominará a partir de entonces. La sociedad ateniense, existente desde casi cincuenta años antes de la guerra —la de Sócrates durante su infancia y juventud—, es una sociedad muy diferente a la que queda después de la guerra —la de Platón, Jenofonte y Aristóteles—. A partir de entonces, la cultura griega queda envuelta por las guerras civiles originadas por las dos posiciones políticas prevalecientes: las que apoyaban los órdenes oligárquicos espartanos y aquellas

propuestas por la democracia ateniense. Para fines del siglo v a.C., la forma que adquirieron estas guerras se hizo cada vez más cruel entre las ciudades-estado, a tal grado que cambiaría el mapa geopolítico. Tabúes religiosos y culturas desaparecieron junto con la destrucción de las ciudades. Sócrates vivió esas dos caras de Grecia, la del esplendor de Pericles y la de la derrota inflingida por los espartanos.

Animado por su padre, Sócrates inició su formación muy tempranamente en la ciencia matemática y física proveniente de Asia Menor. El conocimiento con el que se formó estaba sedimentado en el pensamiento especulativo de los jonios, de los que deriva la geometría de Hipócrates de Quío. El humanismo complementó la formación de Sócrates y lo introdujo al derecho, a la moral y a la retórica de los sofistas. Toda esta época en la vida de Sócrates la lleva a cabo bajo condiciones materiales relajadas gracias a que de su padre había recibido una casa y una renta permanente.

Desde su adolescencia, Sócrates entra en contacto con una nueva corriente: la de los humanistas. En esos momentos estaban en Atenas Parménides y Zenón. También visitaron la ciudad Protágoras y Georgias hacia 444 y escribieron la constitución de Turio. La cercanía a la escuela de Arquelaos, sucesor de la escuela de Anaxágoras, el educador de Pericles, le permitió a Sócrates quedar ligado a la filosofía. De su intelectualidad y espiritualidad es de lo que más escribieron quienes lo conocieron. Definieron su inteligencia como un *daimon*, que significa demonio, espíritu, numen o divinidad, esto es; la inteligencia de Sócrates fue considerada una presencia divina, “sobrenatural” diría Platón.

Las referencias directas a Sócrates fueron las de Aristófanes, Platón, Jenofonte y Aristóteles. De entre las interpretaciones que cada uno de estos hacen de las ideas de Sócrates, surge la tradición que se entiende como “problemas socráticos” avocada a precisar cuáles son las verdaderas enseñanzas filosóficas de Sócrates. A este listado hay que sumar el de los biógrafos peripatéticos como Aristoxeno de Tarento. Así, parte de la fascinación que este tema ha desatado es el de dejar inconclusa la vida de Sócrates, aunque se ha simplificado en dos interpretaciones que son la platónica y la aristotélica.

El género literario que implantó Sócrates fue bautizado por Aristóteles como “diálogos socráticos”, y se compone de panfletos cortos en los que queda plasmado el tono de

sus frases. Estas fuentes quedaron como “fragmentos” en obras de escritores posteriores, y “testimonios” referentes a aquellos autores. Los escritores que ofrecen este contenido de Sócrates son, entre otros, Aristipo, Euclides de Megara y, principalmente, Antístenes. Respecto a las apologías de Sócrates están Platón, Jenofonte, Lisias, Teodocetes, Demetrio de Falero, Zenón de Sidón, Plutarco, Terón de Antioquía y Libanio. Aristófanes es la única fuente que todavía en vida de Sócrates lo registra como ateo y sofista en su comedia *Las nubes*. Platón trabó su relación con Sócrates un poco después de la representación de Aristófanes.

Políticamente, Atenas gozaba de los cambios acumulados desde su fundación por Teseo que, bajo la forma de gobierno aristocrático había prevalecido a lo largo de dos siglos. Toda la ciudadanía tenía derecho al voto en la asamblea popular para dictar las leyes, pero no toda a participar de su aplicación. Solamente los propietarios con una producción de más de quinientas fanegas lo podían hacer. Los reyes se presentaban como jefes políticos y como jefes militares, al igual que los jueces y sacerdotes. Alrededor de 594, se dio fin a las leyes “draconianas” y se comenzaron a aplicar las de la *Constitución Soloniana*, dando paso de la forma aristocrática de gobierno a la tiránica de Pisístrato en 559. Desde entonces datan los primeros gobiernos tiránicos. Históricamente se desprende de esta época la idea de que las tiranías son formas de gobierno intermedias, entre las formas oligárquicas del gobierno de los ricos y las formas de democracia del pueblo que, entre otras cosas, posibilitaban el ascenso de un tirano que rompía con la tradición hereditaria, aunque la tiranía, extremada, acaba por ser una forma centralizada de mando que siempre deriva en formas demasiado rígidas de poder.

Un tirano, precisamente Clístenes, es quien da inicio a una reforma del sistema político en 508. El punto de partida fue la de igualar, ante la ley, a todos los ciudadanos: era el principio de isonomía, que desconocía los derechos por herencia o riqueza. El otro gran cambio fue el de Pericles, que logró equilibrar los elementos democráticos y los aristocráticos en un tribunal supremo, reunido en asamblea y que decidía la resolución de los conflictos.

La gran problemática humana que abre la civilización griega es: “el valor de sus acciones, el significado de sus éxitos y fracasos, su lugar en el mundo, sus relaciones con los dioses,

las pretensiones de la sociedad sobre el individuo y las reivindicaciones del individuo sobre la sociedad”. La inteligencia la consideraban un don para el modo de obrar. Consideraban que las emociones hacían trabajar a la inteligencia “con vigor y viveza inusitados”. Todo tenía un sentido en la búsqueda de la verdad. La literatura era un medio ideal para desarrollar las capacidades de la inteligencia y el pensamiento. Así, el arte es un ejemplo de la sujeción sobre los sentimientos extremos que ocasionalmente producen miedo. La imaginación dentro de límites pertinentes y la memoria queda ceñida a la cordura. Estas cualidades se pueden apreciar en la escultura en donde la representación mitológica es confiada a los principios de orden y armonía. Lo mismo sucede con la poesía o la historia. La relación entre los escritores y su público era de una alta calidad pues entre ellos se asumía como un medio de comprensión sobre sí mismos. Este aspecto de la literatura como una relación social es lo que permite tener un cercano y profundo conocimiento de los griegos, dada la transparencia expresada en los escritos de sus más íntimas preocupaciones. Había un sentido de gravedad en la educación pues esta hacía referencia a la vida humana en sus condiciones naturales y sobrenaturales; el objetivo de ésta era el de llegar a realizar la actuación humana en sus mejores expresiones. Las verdades se iban dilucidando en el debate.

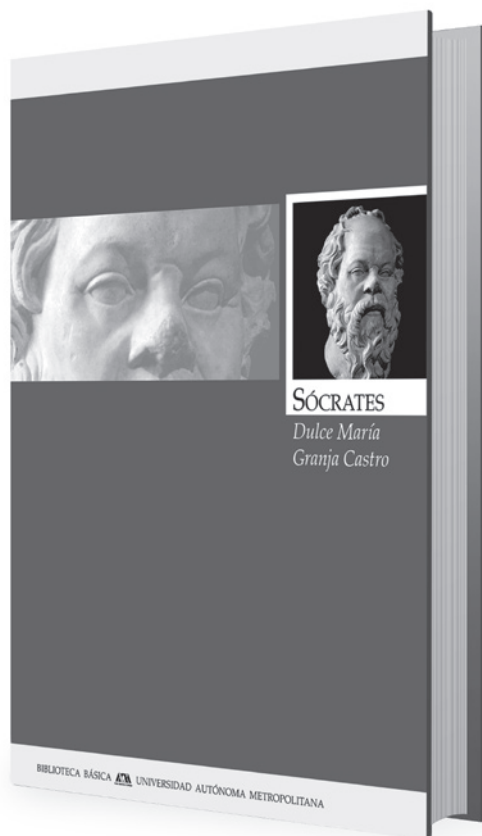
En el *Fedón*, Sócrates muestra su interés por las ciencias de la naturaleza abordando las complejidades de los principales sistemas cosmológicos: el monista y el dualista. Ninguno le satisface. Por su relación con Arquélao, Sócrates aprendió del pensamiento de Anaxágoras que el mundo había sido creado por una *inteligencia* o *razón* en la que tiene su origen toda ley de la naturaleza: el mundo había sido creado bajo un plan, no una mecánica. Pero en Anaxágoras, al final, sólo encontró que esa *razón* o *inteligencia* primaria era el punto de partida y faltaba en su desarrollo la *teleología* o *finalidad*. De ser obra de un intelecto el universo, la especulación física podría hacer a un lado la idea de que fuese un movimiento de espontaneidades sin sentido. Las dudas de esto llevaron a Sócrates a fijarse en la vida humana y sus fines, en como se viven sus decisiones y acciones. Se fijó en que los seres humanos viven buscando cómo alcanzar ciertos fines sin prestar atención a por qué hacerlo. Se hizo entonces la pregunta de qué fines tenían mayor valor.

El antecedente de esto se encuentra en la consulta que Querofonte, uno de los mejores amigos de Sócrates de toda la vida, le hizo al oráculo de Delfos. La pregunta fue si Sócrates era el hombre más sabio. La respuesta fue que sí. Al saberlo, Sócrates sufrió una crisis espiritual que lo llevó a indagar quien podía ser más sabio que él, pero no encontró a nadie que lo fuera. El oráculo también había dicho cómo debía él analizarse a sí mismo y, con el uso del pensamiento dialéctico, llegó entonces a la mayéutica, cuyo método usará en sus diálogos. La finalidad de este procedimiento racional es la de develar, con el interlocutor, la verdad en la realidad, no inventarla o crearla.

Fue después de la derrota de los atenienses a manos de los espartanos que Atenas entra a la dictadura de los treinta tiranos, la Comisión de los Treinta. La desmoralización de la ciudad, en adelante, es total. Sócrates fue en esta época acusado de haber apoyado lo que Alicibíades, Critias y Cármides habían hecho en contra de Atenas.

Por su falta de compromiso por la legalidad, los sofistas acabaron desmoralizando y debilitando los vínculos entre los atenienses y su *polis*. El sofismo había logrado separar al individuo del Estado y con ello una división insalvable. El ciudadano quedaba desligado de la *polis*. Es entonces que el pensamiento de Sócrates cobra una importancia relevante: proponer la integración del individuo al Estado, partiendo del mismo individuo reintegrándolo al Estado democrático. El plan contiene el respeto por la legalidad y la justicia, como el pacto entre los ciudadanos con las leyes. El pacto concebido por Sócrates es libre, opcional. No es el resultado de un consenso colectivo, es el compromiso personal de cada ciudadano. Al resolverse esta situación de la manera en que Sócrates la trata, los conceptos de virtud (como excelencia) y sabiduría quedan unidos, lo que es una aportación más de Sócrates al pensamiento filosófico.

En el pensamiento socrático el alma es la razón, la conciencia racional. Desde el alma se originan todas nuestras decisiones y acciones: razonamos, reflexionamos, pensamos y sabemos, queremos y decidimos. En el alma reunimos y damos sentido a todas las múltiples necesidades que están dispersas, es nuestro centro y lo usamos para ser *agentes unificadores*. Es en estas prácticas que se cumple la construcción de nuestra personalidad. Así, “el alma es la sede de la razón del carácter moral de la persona”.



*Breve introducción al pensamiento de Sócrates*  
Dulce María Granja Castro  
2015, UAM, 225 pp.

Para Sócrates, siendo el alma espiritual, imperecedera e indestructible, permanece viva aunque el cuerpo muera, su cuidado dependerá esencialmente en cultivar nuestro pensamiento y nuestra conducta racional inteligible: actuar conforme a la razón. La intensidad es la de que se rompa con la idea o forma de que existimos dentro de un plazo temporal. Para lograrlo hay que voltear a uno mismo, saberse y descubrir que es así que estamos conectados a una teleología que le da sentido a esas ideas o formas. Sócrates comprendió que el razonamiento y la demostración pertenecen a la naturaleza espiritual del hombre, y no es algo que aprendamos de la experiencia. En ese modo, buscó la única ciencia que tiene importancia en la conducta: la moral. Para Sócrates hay algo peor que estar muerto: no ser uno mismo.

Anito, uno de los que derrocaron a los treinta tiranos, promovió la amnistía para los caídos pero fue también el que más hizo por juzgar a Sócrates. Instruyó a Melito para que levantara una acusación con tintes, más que políticos, religiosos: por irreligiosidad o impiedad, y de corromper a los jóvenes. El juicio en contra de Sócrates se inició en 399 a.C., cuatro años después de ser restaurada la democracia. Los cargos de irreligiosidad o impiedad no representaron ningún peso real pues no había una clara normatividad al respecto. Pero el cargo de corrupción a menores sí fue determinante. La acusación fue la de pretender enseñar a los jóvenes a no creer en los dioses de la *polis*. El caso llegó a la asamblea de los 500, y contra lo que todos suponían, que ante la resolución de su muerte Sócrates pediría la alternativa del destierro, propuso otras variantes a la condena de su muerte que no fueron consideradas por la asamblea. Un poco antes de morir Sócrates dijo:

“¿Cómo tú, mi estimadísimo ciudadano del más grande y culto de los Estados, cómo no te avergüenzas de ocuparte con afán de llenar lo más posible tu bolsa, y de procurarte fama y honor y, en cambio, del juicio moral, y de la verdad y de la mejora de tu alma nada se te da?”